

# LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada, sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ORGANO DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO,

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## DEGRADACION.

Ha lucido, con dos ó tres dias de diferencia segun la localidad, el aniversario de la primera aurora que amaneció sobre la España con honra; y los españoles todos, sin distincion de opiniones ni de partidos, en vez de levantar los ojos á contemplarla, los bajamos al suelo confusos y avergonzados. Habrá regocijos oficiales, habrá manifestaciones opositoristas, habrá orlas de gala y de luto en los periódicos segun su respectivo color, congratulaciones y sarcasmos, aturdidores vitores y sangrientas recriminaciones; pero sobre tantos encontrados sentimientos de satisfaccion, de codicia, de zozobra, de esperanza, se vé dominar el de la ignominia inmensa que á todos embarga y comprende, á amigos y á enemigos de la situacion, á vencedores y á vencidos, á los que mandan y á los que ansian mandar, á los que imponen el freno y á los que lo tascan, á los supuestos gerentes de la nacion y á su pasiva y aletargada mayoría.

Y bien se justifica este sentimiento, porque por abyeccion como la presente no recuerdo que haya pasado nacion alguna. Sin invasion estrangera que la oprima, sin violencia de conquista que la subyugue, sin adhesion ni lealtad á lo pasado que ha dejado caer sin batalla y que no hace esfuerzo para restaurar, sin sosiego ni quietud en su estado presente cuya prolongacion mira por unanimidad como el peor de los males, sin vislumbre siquiera

de sus destinos cuya decision aguarda ansiosa pero inmóvil como si dependieran de árbitro extraño ó de la ciega fatalidad, no se puede decir que esté esclavizada porque no hay prepotencia bastante de tiranía, ni que se encuentre seducida ó extraviada porque conoce su situacion y exhala su descontento, ni que yazga en el abatimiento ó en la indiferencia porque se agita en el mas impaciente malestar. Está no asfixiada sino cataléptica; tiene espedita la cabeza pero embargado el movimiento, como algunos que han bajado vivos al sepulcro. Vive en fin porque se avergüenza, porque de no avergonzarse en tan miserable estado, habria que desesperar de ella como de un cadáver.

Cuenta que no hay que culpar aquí con preferencia á los agentes respecto de los pacientes, á los que hacen mas que á los que consienten, á los que llevan la direccion mas bien que á los que la siguen de mejor ó de peor talante: antes es preciso saber si hay aquí pensamiento de donde parta la iniciativa, voluntad que imprima el empuje, rumbo alguno determinado que alguien encamine y cuya responsabilidad tome sobre sí. Si escuchamos á los mismos partidos dominantes, todos se quejan, todos acusan, ni mas ni menos que si batallaran en la oposicion ó si estuvieran en desgracia; ninguno logra plantear su sistema ni siquiera asentar solidamente sus principios. Los republicanos han hecho efectiva la república, pero interin no



obtengan el nombre y sobre todo el gobierno se declaran oprimidos; los monárquico-demócratas han alcanzado consignar en la constitución su régimen en cuanto al nombre, pero no hallan la realidad ó mas bien el fantasma que buscan para llevar el vacío. Progresistas y unionistas se echan en cara mutuamente su pasado, se inculpan de lo presente, y desconfían unos de otros de sus intenciones para mañana; ningunos hacen lo que quieren ni dicen lo que piensan, solo se descubre la innata repulsión que los separa y la insufrible cadena que los liga. Y en el gobierno, formado de la representación de estos irreconciliables partidos, se refleja la misma lucha y cohesión forzada, la misma neutralización de tendencias, la misma parálisis. Navegamos en un buque sin timón ni velas, abandonado á la corriente de las olas, dentro del cual hay todavía quien dispone de la fuerza y del rancho pero no del derrotero, donde capitán y piloto y tripulación y pasajeros y esclavos (porque hay esclavos también), sin más desahogo ni consuelo que el de acriminarse ó injuriarse recíprocamente, bajo la violencia de un poder superior é ineluctable corren todos una misma suerte que ha de igualar bien pronto su condición.

Un trono que se derrumba despues de doce, de quince siglos de existencia, en medio de la monárquica Europa, sin estremecimiento profundísimo en el suelo que cubría con sus ramas y entretregia con sus raíces; una dinastía, que identificada siglo y medio con la España por comunes glorias y desgracias y (¿porqué no decirlo también en medio de tan cobardes insultos y tan torpe falseamiento de la historia?) por recíproca gratitud, se vé arrojada y excluida sin que se dispare á favor de ella un tiro; un gobierno, que apropiándose la supremacía intelectual y el cetro de las ideas, apura en treinta y cinco años sus ensayos y combinaciones para conciliar el orden con la libertad y amoldar los pueblos á su tipo, y desaparece sin dejar rastro de sus obras ni aun de su política, dicen muy poco indudablemente en favor de sí, ó en favor de la nación, ó mas bien en favor de ninguna de las partes. Una revolución, que

prescindiendo ahora de su origen y de sus medios, no sabe qué hacerse del poder que se le ha caído entre las manos asustada de sus propios derribos, é incierta de lo que ha de proclamar deja brotar á merced de la incertidumbre toda clase de aspiraciones, reservando el triunfo de ellas al azar de las urnas ó al supremo fallo de la fuerza; unas cortes constituyentes que carecen de aliento para establecer en su código el principio esencialmente anti-monárquico que constituye el notorio espíritu predominante en ellas, ni lo tiene luego para ultimar su obra dejando en suspenso la elección de monarca; un gobierno, que con mayoría en la asamblea, con la victoria constante á favor suyo en el palenque de las armas contra sus diversos enemigos, no acierta á concertarse entre sí, ni aun concertado se atreve á abordar la cuestión vital del soberano sino para lanzar ridículas candidaturas y recoger ignominiosos desaires; todo esto tampoco revela poderosas convicciones ni incontrastables tendencias revolucionarias ni madura preparación de los pueblos para un trastorno radical. Una nación en fin, que sufre un año de interinidad principio de Dios sabe cuántas interinidades, herida en sus mas hidalgos sentimientos y en sus mas positivos intereses, sin que la opinion se abra paso legalmente de un modo irresistible y sin que brote de sus entrañas el remedio, como ha brotado siempre, no solo en la edad moderna sino en todas, de las naciones en crisis que tienen robusta vida; esta nación se demuestra digna de su suerte, mas deplorable aun que la convulsión anárquica ó la servidumbre del extranjero.

Graves y justos cargos fulmina contra los gobernantes el juicio público en varias cuestiones dividido, en muchas y muy importantes unánime; pero al recogerlos la historia en su elevada imparcialidad no podrá menos de separar su tanto de culpa para los gobernados. No, la historia no se contentará con preguntar: ¿pero qué hicieron estos revolucionarios tan poderosos para destruir y tan impotentes para edificar, que despojaron á la España de su unidad religiosa, sin atraer mas disidentes que á dos docenas de apóstatas ni



mas capitales extranjeros que el precio de la descatalogación estipulado con algunos agentes mercenarios; que escupieron sobre las tradiciones, sobre los monumentos, sobre las glorias y grandezas todas de su patria, llenándose la boca con el nombre de españoles; que en nada progresaron sino en el desconcierto de la hacienda y en la inmoralidad de la administración; que perdieron, (quiera Dios no haya de escribirlo) el último resto de sus colonias; que fabricaron una constitución sin uso y un trono sin monarca; que viviendo al día, dejaron serenamente abrir la gran mina antisocial y aun ayudaron al incesante acarreo de combustibles, dispuestos á cortarla ó á pegarle fuego según las circunstancias?» A continuación de esta pregunta escribirá también estas otras: «¿pero qué hacían entretanto esas clases conservadoras para conjurar la catástrofe? qué hacían para salvar al país, á la civilización, á la sociedad, esas graves inteligencias dispersas, enmudecidas, ahuyentadas de la prensa, de la tribuna, de los estadios todos, por cuatro literatos de melodrama y oradores de plazuela? qué hacía esa nación tan católica, tan monárquica, tan pundonorosa como la proclamaban cien periódicos coetáneos, para volver por su iglesia, por su trono, por su honra, por su existencia misma?»

Católica, monárquica, pundonorosa, lo es aun en verdad; tales son las convicciones y sentimientos de sus nueve décimas partes; lo que ha degenerado espantosamente es su carácter. Cree, piensa, siente sin energía; por esto obra sin fortaleza. Crisis tan prolongada, revolución tan pacífica, no la hubieran comprendido siquiera nuestros mayores; y no será porque hayamos ganado desde entonces en amor al orden, en hábitos de obediencia, en templanza de partidos, en horror á los motines, en incorruptibilidad de la fuerza armada. Pero tenían sus derechos ilegislables, su verdadera autonomía en esta fórmula RELIGION y PATRIA, estos dos espectros, producto aristocrático, en espresión de un órgano federalista que en la completa desaparición de ellos cifra el triunfo de su disolvente sistema. Y mientras estos espectros, rasgando la neblina

que los envuelve, no vuelvan á ser fuerzas vivas y á tomar robustas y sensibles formas, no recobrará la España su honra ni su vigor.

J. M. Q.

## APÉNDICE

— A LOS ENVENENADORES PÚBLICOS.

«Hoy ruge ya formidable (el mal) contra los que le han desencadenado, escribí al fin del artículo publicado hace quince días con dicho epigrafe; mañana reclamará sus cabezas. Para entonces, dirán estos, estamos ya apercebidos; salvándonos á nosotros, salvaremos la sociedad.»

Y el pronóstico se ha cumplido puntualmente.

«Con qué derecho, añadia, los envenenadores de hoy se convertirán en ametralladores mañana?»

No discuto hoy el derecho ante la suprema necesidad social, pero consigno el hecho.

Los hay que aspiran á la triste gloria de envenenadores, y no pasan de ser unos pobres sofisticadores que con sus insípidas sustancias en vez de ponzoña mezclan inmundicia. Para muestra de ese *pan de vida que procura goces inefables* y con que alimentan á sus *menores* los que sin culpa nuestra no pasarán jamás de igual menor edad literaria y científica, bastará esponer á la vergüenza este mendrugo, haciendo gracia del nombre y apellido del elaborador de que dará razon *El Iris*:

«Así es que su negra cohorte de estúpidos y desenfrenados sacerdotes sube en la cátedra del Espíritu Santo, convirtiendo al púlpito en piedra de escándalo, puesto que en vez de palabras de amor y paz vomitan iras, maldiciones y esterminio, inspirado por la gula que le incita aun la memoria de su finida grandeza; convierte la iglesia en club, el confesonario en ponzoña sutil de discordia y disensiones para las familias, y tras el muro de aquellas negras rendijas los envenenadores de siempre fraguan la perdición de muchas doncellas, el deshonor de muchas casadas, pierden la inocencia de los niños, preparando de esta suerte con sus tan hediondos vicios el día que no puede tardar en llegar, en que el pueblo, justa y soberanamente indignado, ponga coto de una vez para siempre á sus torpes brutalidades.»

El clero, inspirándose en la sublime doctrina que enseña, perdonará estas atroces calumnias y frenéticas escitaciones; otros comprendidos en ellas las desdeñaremos altamente; pero hay un pueblo; un pueblo católico todavía mal que pese, que á ese coto, si por coto se entiende algo parecido á lo de Tarragona y á tantos desahogos revolucionarios, opondría también su coto, y sabría defender á los indefensos rechazando ataque con ataque.—Q.



INFLUENCIA DE LAS DOCTRINAS  
EN EL INDIVIDUO Y EN LA SOCIEDAD.

ARTÍCULO I.

Cuando el error tiene sus tribunas y sus defensores, es fuerza haya también valerosos campeones que sostengan la verdad y la den a conocer al pueblo por aquellos mismos medios de que se valen sus enemigos para combatirla. Si una prensa impía, verdadero paladín de las erróneas opiniones que hoy dominan y se debaten en el mundo, ha logrado de medio siglo a esta parte esparcir las ideas más subversivas y hasta los principios más deletéreos, no ya en Francia, Inglaterra, Alemania y otros países donde el genio del mal parece haber fijado su inmundicia desde mucho tiempo hace, sino en la católica España en otro tiempo tan adicta a la fe y tan privilegiada del cielo; es indispensable que otra prensa cristiana se presente en la arena con noble ardimiento a compensar y atajar el mal que aquella está haciendo a la religión y a la sociedad. A no ser así, sería esta la última de las calamidades que estamos sufriendo. Hé aquí lo que nos ha movido a escribir una serie de artículos con el objeto de defender la causa de la vida de la sociedad, puesto que tanto se ha defendido y se defiende la causa de su muerte.

No: ni nos retiraremos del campo en que vamos a situarnos, ni jamás transigiremos con la mentira. Combatiremos acerrimamente el error, pero abrazaremos a las personas si se acercan a nosotros: refutaremos las malas doctrinas, pero compadeceremos a los que se empleen en propalarlas; sostendremos la verdad católica contra la herejía y la impiedad, pero pediremos incesantemente al Dios de las misericordias por la conversión de los que desoigan la voz maternal de nuestra santa Iglesia, para que vivan y mueran en su gremio.

La aspiración continua, la tendencia constante de nuestro siglo a hacerse tan exageradamente positivo hasta el extremo de querer reducir todo el bien de una nación, todos sus adelantos, toda su felicidad y toda su vida a los progresos materiales y al mayor número de gozos de que puede rodearse nuestra existencia, es una de las profundas y gangrenosas llagas que lleva en su corazón la actual sociedad; sociedad egoísta, sociedad de placeres, sociedad de deleites, sociedad de materia. Una sociedad que vive en estas condiciones, está ya herida

de muerte; porque los pueblos, como el hombre, son algo más que materia, y para ser gobernados se necesita algo más que armas, brazos y dinero.

La vida del hombre y de la sociedad descansa sobre una base más noble y más sólida. El orden que llamamos moral y religioso, es el origen y vínculo de los lazos sociales que nacen, se desarrollan y se conservan en ese orden inteligente dentro de la ley, sin el cual no habría sociedad propiamente dicha, aunque hubiera material reunión de hombres y de intereses. Hoy parece que los pueblos van acostumbrándose a no oír hablar más que de adelantos materiales. Un paganismo, pero un paganismo sin dioses, va infiltrándose en las entrañas de la sociedad, y esto ha de dar a su tiempo funestísimos resultados. Porque escrito tiene ya su destino la sociedad que no busque más elementos de vida que los materiales, cuyo destino cumplirá pereciendo, como han perecido todas las sociedades que han mirado con indiferencia las doctrinas que habían de darles vida y hacerlas felices. El embrutecimiento, la degradación y la barbarie no pueden dejar de venir cuando el orden inteligente quede ahogado bajo el peso de las influencias materiales en el gobierno de las naciones. Telégrafos, vapores, carreteras, paseos, industria, comercio, dinero.... hé aquí lo que suponen muchos que basta para que sea feliz una nación. ¡Lamentable ceguera! ¿Qué sería del género humano si se generalizaran estas ideas?

Al observar el cúmulo de males bajo el cual gime agobiada la sociedad, y al inquirir los medios de aliviar sus desgracias, naturalmente llevamos nuestro pensamiento a una cosa más fuerte que las armas, más influyente que las riquezas, y más poderosa que la robusta acción de los gobiernos. Los intereses y poderes especiales, que crearon las diversas fases por que ha pasado el mundo, fueron después incompatibles con otras situaciones muy distintas de las que habían precedido. Así se explica como caducaban unas tras otras las fuerzas sobre que descansara la sociedad; sin embargo en medio de las ideas y vueltas de un mundo que a cada paso se renueva, hay una cosa que permanece, que influye, que dirige y conserva más que ninguna otra; y esta cosa son las doctrinas.

Por eso al ver a un pueblo caminando a su disolución, nos ocurre averiguar el estado en que se hallan las creencias, el influjo de las opiniones dominantes, la índole de las ideas que más preponderan en la sociedad, y el carácter de las doctrinas



que han preparado los acontecimientos. ¿En qué consiste, pues, que sin una doctrina no puede haber vida y verdadero progreso? Consiste en la índole misma del hombre y en la índole misma de la sociedad.

El hombre, que es un ser inteligente, no procede en sus determinaciones como las bestias; no es un instinto ciego é irresistible el que le gobierna, sino una razón libre que examina, delibera y propone, y una voluntad reflexiva que sabe lo que quiere y los motivos porque lo quiere. Si hay en él un principio intelectual, ó si él es, según lo define Bonald, una inteligencia servida por órganos corpóreos, no cabe la menor duda de que necesita de una doctrina que ha de ser su luz, su guía, su razón y su vida. Es verdad que la fuerza puede amarrar el cuerpo del hombre con una pesada cadena; pero también es cierto que jamás podrá obligarle á que su entendimiento y su voluntad en sus propios actos se dobleguen al brazo del verdugo, lo que prueba la altura á que se hallan colocadas nuestras facultades intelectuales.

Siendo el hombre un ser racional, necesita ser enseñado, y no hay enseñanza sin una doctrina. Esta podrá ser buena ó mala. Cuando el hombre no reconozca una doctrina, ó cuando se deje dirigir por una que sea falsa ó perniciosa, vivirá necesariamente una vida fuera de la sociedad ó contra la sociedad; lo contrario sucederá si llega á ser imbuido en la verdadera doctrina, porque se ennoblecerá y se hará eminentemente social; entonces se mostrará el hombre lo que es: un ser racional que va perfeccionándose conforme las buenas doctrinas desarrollan en él las facultades intelectuales, estableciendo la posible armonía entre ellas y el corazón, no sin grandes ventajas para la vida humana y social. Harto sabida es la relación que hay entre las doctrinas y los hechos, ó entre lo que el hombre cree y sabe, y entre lo que el hombre hace y ejecuta.

Al sostener la necesidad é influencia de una doctrina para la vida social del hombre, no queremos decir con esto que haya de hacerle impecable, aunque existe una inmensa diferencia entre pecar por debilidad y pecar por sistema ó por principio. En este último caso serían necesarios los esfuerzos del cielo, digámoslo así, para apartar á un hombre de su estraviada senda; sería necesario hacer con todos y cada uno de los hombres lo que hizo Dios con san Pablo en el camino de Damasco; y esa no es la conducta ordinaria de la divina Providencia. El hombre, á quien ha arrastrado al crimen una

pasion violenta ó una debilidad de las que son tan propias de la naturaleza humana, mientras sea un hombre de buena doctrina, lleva siempre en sí mismo un corrector, una regla á que atender, una luz á donde dirigir sus miradas, y por consiguiente una esperanza de conversión.

No podemos pues mirar con indiferencia que el hombre sea criminal por sistema y sin arrepentimiento. Formado á imagen y semejanza de Dios, cumplirá sus destinos en la tierra y se mostrará hombre cuando abrace la verdad y la practique; pero en el momento en que dé entrada en su espíritu á las doctrinas falsas y perniciosas, no habrá deber que no esté en peligro, ni relaciones que no se sientan amenazadas. San Agustín, antes de su conversión, es la historia compendiada de la influencia de las doctrinas en el individuo. ¡Qué ceguedad, qué extravíos, qué aberraciones! Y de la historia contemporánea ¡cuántos ejemplos podríamos citar!

Sin una doctrina pues no hay vida racional y social para el individuo; en otro artículo probaremos que tampoco puede haberla para la sociedad.

Ibiza.—SEBASTIAN VIVES PRO.

### CONTESTACIONES DEL EPISCOPADO ESPAÑOL AL GOBIERNO.

De resultas de la circular de 6 de setiembre, por la que el ministro de Gracia y Justicia rinde gracias á la mayoría de los prelados, estableciendo esta distinción á favor suyo como si la hubiera en sus opiniones y en su conducta respecto de las de sus dignos compañeros tratados con mas rigor, se abre una nueva serie de gloriosas manifestaciones en que resplandece mas y mas la indestructible unanimidad y la noble energía de nuestro episcopado. Declinando el honor que se les tributa si ha de ser al precio de suponerseles en la mas leve discrepancia con sus hermanos, han contestado en términos tan decorosos como elocuentes los arzobispos de Valladolid, Valencia y Burgos y los obispos de Tortosa, Calahorra, Palencia, Vitoria, Pamplona, Lugo, Oviedo, Cuenca, Salamanca, Barcelona y otros que no recuerdo, hasta que no falte ninguno según espero de los cuarenta y uno favorecidos. En este número vá la contestación del obispo de Calahorra, en los siguientes irán las del obispo de Lugo y del arzobispo de Valencia.



### Del obispo de Calahorra y la Calzada.

«Escmo. Sr.: Con verdadero disgusto he leído la circular de V. E. fecha 6 del corriente, que he recibido por el correo de ayer, haciéndome saber que S. A. el regente del reino se ha servido mandar por decreto de la misma fecha se me manifieste con cuánto agrado y complacencia se ha enterado del apostólico celo con que, cumpliendo lo dispuesto en el decreto de 5 del último mes, he contribuido á sofocar en su origen el fuego de la última perturbacion del orden público, que amenazaba sumir á nuestra nacion en los horrores de una segunda guerra civil.

Estraño parecerá que un documento que principia con las palabras trascritas haya ocasionado disgusto á un obispo, á un ministro del Dios de paz y conciliacion, que tan recomendada nos dejó la concordia, la buena armonía, la union que debe reinar entre todos los que nos gloriamos de ser hijos y discípulos suyos, y que tan terminantemente mandó que nos amásemos unos á otros, como él mismo nos amó á todos.

Pero no es esta precisamente la causa de mi desagrado, y de ello es prueba bien evidente la carta pastoral que en 17 del mes próximo pasado dirigí al venerable clero y fieles de mi diócesis, hallándome en santa visita en la villa de San Pedro Manrique, cuya simple lectura me dispensa de toda justificacion en este punto.

Tampoco podrá creerse que me haya desagradado la procedencia del documento á que tengo el honor de contestar. Muy al contrario, honran grandemente al último de los prelados españoles las atenciones de las respetabilísimas personas que rigen los destinos de la nacion; y en este concepto les debe el merecido reconocimiento.

Pero lo que realmente ha producido en mi ánimo honda pena, y hasta ha llenado mi espíritu de indecible amargura y de angustiosa afliccion, ha sido la idea de que S. A. el regente, V. E. ú otra cualquiera persona haya podido creer ó sospechar siquiera que el obispo de Calahorra y la Calzada pueda estar en desacuerdo con ninguno de sus venerables hermanos en orden á las inmunidades que son debidas á la Iglesia y á la libertad é independencia de que deben gozar sus pastores y ministros en el ejercicio de las funciones que les son peculiares. No, Escmo. señor, no; bien puedo asegurar sin temor de equivocarme y sin riesgo de ser desmentido, que las convicciones del episcopado español son unas mismas en esta materia, como en todas las demás que referirse puedan á la sana doctrina, y que si á vista del decreto del 5 de agosto anterior y de la esposicion que le precede cada uno de los señores prelados se ha espresado del modo que ha creído conveniente, y esta espresion no ha sido en todos exactamente igual en la forma, en nada absolutamente ha podido variar en cuanto á la esencia; porque todos han lamentado las imputaciones que en un documento oficial se han lanzado contra la respetable clase del clero,

por mas que se haya hecho con las salvedades y excepciones que se han creído necesarias: todos han deplorado la peligrosa é inconveniente publicidad que se ha dado á estas imputaciones; en todos ha causado profunda y dolorosa impresion la parte dispositiva del mencionado decreto; con la sola diferencia de que mientras algunos han manifestado su dolor en formas mas ó menos enérgicas y espresivas, y otros han creído deber escusarse de darle cumplimiento, cediendo á las inspiraciones de su conciencia dignas del mas profundo respeto, los demás han sofocado sus quejas y han ahogado en lo íntimo de su alma las amarguras que tanto les afligian y atribulaban; pudiendo decirse que en esta ocasion el episcopado español ha tenido un solo corazon para sentir, si bien haya habido diferentes órganos para espresar su sentimiento.

El obispo de Calahorra, al leer el repetido decreto en medio de las penosas atenciones de la santa pastoral visita á que se hallaba dedicado, profundamente afectado con su lectura dió tregua por algunos momentos á las graves ocupaciones que le rodeaban; y pensó y meditó y reflexionó sobre la resolucion que deberia tomar, y elevó sus plegarias al cielo con los ojos arrasados en lágrimas, y pidió fervorosamente al Señor el auxilio de sus divinas luces para poder obrar con el debido acierto; y despues de su meditacion y oracion ferviente, despues de haber recobrado algun tanto la calma y tranquilidad que le habia arrebatado el documento que tenia á la vista, contestó á V. E. lo que aparece de su comunicacion de 15 de agosto, y por el correo del 17 remitió á ese ministerio la exhortacion pastoral que se le encargaba.

El obispo de Calahorra al obrar así, tuvo presente la situacion del pais en aquellos críticos dias: vió la eficacia y urgencia con que el gobierno le pedia su cooperacion moral para lograr asegurar la paz de que tanto necesitaba la nacion; y por mas que en el modo de reclamar este auxilio viesse que el gobierno se hubiera separado de las fórmulas ya anteriormente establecidas y usadas en casos análogos, creyó deber prescindir por entonces de esta observacion; y atento únicamente á contribuir al logro del bien que se apetecia, y á fin de que en manera alguna pudiera decirse que oponia obstáculos al gobierno para salir de la embarazosa situacion en que se veia colocado, espidió la carta pastoral que se le encargaba, no sin desaprobacion en su interior los términos en que estaba concebido el aludido decreto, ni dejar por eso de lamentar las consecuencias y conflictos que este podria ocasionar.

He aquí, Escmo. señor, esplicada la razon de mi conducta en este asunto, cuyo proceder en nada puede perjudicar ni menoscabar la unidad de principios que en esta materia profeso juntamente con mis venerables hermanos. Y tanto es así, que si en alguno ó algunos de ellos pudiesen alcanzar reprobacion estos principios por parte de cualquiera



centro gubernativo, ó de tribunal de justicia, créome obligado á manifestar mi deseo de participar de esta reprobacion, que no por ser tan autorizada dejaria de ser menos satisfactoria para mí, atendidas las convicciones de mi conciencia y los impulsos de mi corazon.

Dada esta esplicacion, paso á ocuparme del resto del contenido de la circular á que contesto.

Dice V. E.: que en la nueva época que están recorriendo las naciones civilizadas, y especialmente las de la vieja Europa, tiene la Iglesia una nobilísima mision que cumplir y de la cual dependerá quizás el porvenir del mundo. Y añade que en esta nueva y grandiosa situacion, que se consolida en todas partes bajo la viva variedad de accidentes que caracteriza la civilizacion moderna, se necesita de un poderoso elemento moral que, apoderándose del individuo en el hogar doméstico, prepare convenientemente su inteligencia y su corazon y arraigue en aquella la idea del derecho y haga florecer en este la sublime teoria del deber, á fin de que, al entrar en la vida pública, su gestion sea favorable al progreso y á la felicidad de todos. Y declara V. E. que este elemento moral es la Iglesia.

Convenido, señor ministro. El destino de la Iglesia, su vocacion propia es hacer la felicidad del género humano. A ella le está encomendado el deber de educar á los hombres para que entren un dia en la bienaventuranza; á ella el formarlos en la sublime madurez que los hace capaces de vivir en la tierra en condiciones ventajosas al individuo y á la sociedad, para renacer por medio de la muerte temporal á la vida eterna, y llegar á ser ciudadanos de la patria celestial despues de haber sido ciudadanos honrados y verdaderos patriotas en el país en que nacieron.

La Iglesia no disputa á nuestro siglo que haya hecho infinitos progresos en las ciencias y letras, en las artes y en la industria. El gran movimiento que precipitó á unos pueblos sobre otros ha ya mas de medio siglo, produjo asombrosos resultados. El pensamiento comunicado por los aires ha aproximado á las naciones; dilatada el agua por el fuego ha triunfado de los tiempos y de las distancias, y la industria parece se ha provisto de alas. La Iglesia consagra y bendice todos estos adelantos, y en este punto camina de acuerdo con la sociedad civil, porque sabe que sus mas temibles enemigos son la ignorancia, el orgullo y la concupiscencia, por lo cual el célebre Bacon hablando de la religion dijo: «Poca ciencia aparta de ella; mucha ciencia conduce á ella.»

Pero téngase presente, Esmo. señor, que hay muchos entendimientos reputados por juiciosos que, como dice un escritor contemporáneo, vislumbran un resultado opuesto al que otros entreven de los progresos triunfantes de este conjunto de ideas y de hechos á que llaman moderna civilizacion. No se olviden las memorables palabras del conde de Montalembert, pronunciadas en la tribuna en mayo de 1842.

En nuestros dias se ha ensanchado infinitamente la esfera de las agitaciones humanas; se han confundido y condensado en un círculo único, é indefinido todos los focos en que en otro tiempo se dilataba la energia de los grandes corazones; mas por una deplorable compensacion, cuanto mas se ha agrandado la esfera de actividad y de influencia, mas han degenerado tambien los hombres llamados para figurar en ella, mas se han rebajado los caracteres, mas se han apocado las almas. Por eso, cuando el apostolado católico, para cumplir la difícil mision que le fué cometida en medio de los grandes centros de la civilizacion moderna, examina el estado religioso y moral de la sociedad, le acontece á veces experimentar las vivas angustias de una tristeza; y como el docto señor de Ravignan decia en su última conferencia de 1841 en la catedral de Paris, «parece que asiste á un espectáculo de descomposicion y de muerte, y contempla inmensas ruinas.»

Ahora bien, Esmo. señor, si son estos los caracteres que distinguen á la civilizacion moderna; si ella apaga la fé, enerva el espíritu y deifica la materia; si la civilizacion moderna consiste en derribar templos, en arrancar de sus santas moradas á las vírgenes del Señor, en suprimir las comunidades religiosas, en abolir asociaciones benéficas y piadosas que tantos bienes han proporcionado á la humanidad, en prestar proteccion á las sectas con perjuicio manifiesto de nuestra adorable religion única verdadera, y en hacer ludibrio y escarnio de las cosas y personas eclesiásticas, ¡ay! entonces, señor ministro, no espere V. E. que los prelados españoles intenten ni sean capaces de borrar, sin quedar de ello el menor rastro, el fatal antagonismo que se ha creído existe entre la Iglesia y la civilizacion moderna.

Entonces no pretenda V. E. que se establezca una reconciliacion sincera y leal entre estas dos grandes fuerzas que disponen de los destinos del mundo; porque la fé no puede reconciliarse con nada que á ella se oponga, porque la verdad no puede transigir con el error, porque la virtud no puede vivir en pacífico consorcio con el vicio, porque el orden y la regularidad en la Iglesia y en el estado no puede contemporizar con el desorden y la anarquía en el estado ni en la Iglesia. Este género de civilizacion es sin duda el comprendido en la proposicion 80 del Syllabus, y de ella puede juzgarse que hablaba nuestro amantísimo pontífice Pío IX, cuando en 18 de marzo de 1861 decia en alocucion pronunciada en uno de sus consistorios: «Mientras que esta civilizacion moderna favorece todos los cultos no católicos, mientras que facilita el acceso á los destinos públicos á los mismos infieles y las escuelas católicas á sus hijos, se ensaña contra las congregaciones religiosas, contra los institutos fundados para dirigir las escuelas católicas, contra un número considerable de eclesiásticos de todas categorías y aun revestidos de las mas encumbradas dignidades, de los



cuales ha condenado á muchos á arrastrar miserablemente la vida en el destierro ó en las cárceles, y contra legos distinguidos que adictos á Nos y á esta santa sede han defendido valerosamente la causa de la religion y de la justicia; en tanto que esta civilizacion concede subsidios á personas no católicas, despója á la Iglesia católica de sus propiedades mas legítimas, y emplea todos sus esfuerzos en disminuir cuanto sea posible su saludable influencia; finalmente, mientras que concede amplia libertad para atacar ya de viva voz ya por escrito á la Iglesia y á sus mas decididos defensores mientras escita, alimenta y da valor al desenfreno, se manifiesta llena de circunspeccion y de reserva cuando se trata nada mas que de reprimir los ataques inmoderados y violentos de que son blanco los escritores religiosos, y castiga á estos con excesivo rigor si cree verlos traspasar en lo mas mínimo los límites de la moderacion....»

Estas palabras son muy graves, Escmo. señor, para que puedan olvidarse los prelados españoles; este testimonio es muy solemne y autorizado para que puedan apartar la vista de él ni dejar de atemperar á él su conducta. Los prelados españoles, lo mismo que nuestro venerable pontífice, quieren una civilizacion que no se limite á una cultura exterior, y que al consagrar á las ciencias físicas y á los descubrimientos industriales su atencion, no sea tan exclusivamente que descuide al mismo tiempo la verdad religiosa, substituyendo de esta manera la importancia de los medios á la importancia del fin. Nosotros queremos una civilizacion que responda al objeto sublime que se propusiera el Hacedor supremo en la grande obra de la creacion, queremos una civilizacion que haga despertar á las naciones de su funesto letargo, que quite la máscara al error y arrebaté sus ilusiones al vicio, que penetre en el corazon del hombre y le reanime, le dé nueva vida, nueva existencia, y le suministre los ausilios mas oportunos; una civilizacion que liaga á los hombres mejores y mas cristianos, que dirija ordenadamente la inteligencia humana y la industria en sus pacíficas conquistas, y que reconozca, profese y proclame el principio fundamental de que Dios solo es la fuente de toda felicidad.

Al contestar Napoleon III á la felicitacion de Mgr. Pavy obispo de Argel, en 15 de mayo de 1865, dijo: «La religion solo derrama la verdadera civilizacion.»

Pues bien, Escmo. señor, esta civilizacion es la que realmente desean todos los hombres honrados; es la que siempre ha protegido la Iglesia, la que en todos tiempos han favorecido y fomentado los soberanos pontífices; la que por todas partes ha propagado el episcopado católico. Y con esta civilizacion los prelados españoles están prontos, no lo dude V. E., á concertar una alianza permanente, á contraer una amistad sincera é indisoluble, á establecer la grandiosa y perfecta armonía que debe existir entre el estado y la Iglesia, y con la cual

podremos llegar á merecer bien de la patria y de la religion; y conseguiremos tal vez que la religion y la patria nos reserven en su historia un lugar distinguido, una página gloriosa é imperecedera.

Dios guarde á V. E. muchos años. Calahorra 11 de setiembre de 1869.—Escmo. señor.—SEBASTIAN, obispo de Calahorra y la Calzada.—Escmo. señor ministro de Gracia y Justicia.

## CRÓNICA.

Segun declaracion del ilustrisimo señor arzobispo de Nisibe al señor Vianelli, durante el año pasado de 1868 se convirtieron al catolicismo doscientos diez soldados alemanes y suizos, pertenecientes al ejército pontificio; y durante la última semana del pasado marzo se disponian á abjurar sus errores otros quince soldados pertenecientes al regimiento de carabineros. Es de advertir que en el ejército del papa se admiten, como puede comprenderse por las noticias indicadas, los individuos que reuniendo las demás cualidades que se exigen, pertenezcan no obstante á alguna de las comuniones disidentes. La Santa Sede comprendiendo por el hecho de aspirar á servir al jefe de la Iglesia católica, las buenas disposiciones y la adhesion de los que acuden á él, no ha querido privarles de un medio tan oportuno para atraerles á la verdadera fé y al único redil de Cristo; y el resultado mas consolador está coronando esa prudente conducta del padre universal de los servidores de Dios.

— Entre otras conversiones recientes al catolicismo, que ha habido en Roma, se cita la de un musulman, el hijo del bajá de Salónica, Elhem Selim, y de diversos nobles alemanes.

— El dia 2 de julio fué bautizado en Marsella y en la iglesia de Belle-de-mai un jóven árabe que estaba sirviendo en el batallon 48.º de línea. El teniente coronel del regimiento y su esposa quisieron ser padrinos del convertido musulman.

— Se da por cierta la conversion de lady Spencer, esposa de lord Spencer, virey de Irlanda; y se asegura estar muy próxima la conversion del mismo lord virey. Si la noticia es cierta, como se cree, será de mucho consuelo para los corazones católicos; pues tales conversiones serian el principio de un cambio notable en las posiciones personales de la corona inglesa, cerca la libertad de su modo de pensar, religiosamente hablando, puesto que se la considera como jefe de un estado protestante.

— El dia 4 del pasado julio en la capilla interior del venerable monasterio de San Basilio y de la santísima Anunciata en Roma, el Emo. y Rmo. cardenal D'Hoenlohe, administró solemnemente los sacramentos del bautismo y de la confirmacion á dos hebreos recientemente convertidos llamados Manuel Soavi y Riguetta Piperno.

— El honorable Colin Lindlay, hermano del conde de Grawford, antiguo oficial al servicio de las Indias, acaba de ingresar en el seno del catolicismo. Al mismo tiempo en Leyséster cuatro señoras protestantes que están al frente de un colegio de señoritas, han abjurado sus errores en manos del P. Buckler de la orden de santo Domingo. Lo que hay de mas notable en estas conversiones es que dichas señoras gozan de una reputacion tan envidiable que los padres de las señoritas que tienen á su cargo ni siquiera han pensado en aparlas de su lado. ¡Quiera Dios que el ejemplo saludable de las maestras influya poderosamente sobre sus alumnas!